SIN FALSILLA

AÑO I | Cartagena 24 de Agosto de 1907 | N.º 3

LA HIJITA

Nada hacía doblegar su carácter altanero al sábio Dr. Robert como las caricias de su hija única.

Aquella niña de ojos azules y pelo de oro cautivaba con sus zalamerías el espíritu de su padre de tal manera que éste, no encontraba más alivio á la fatiga del trabajo y del estudio que la sonrisita de la niña y la charla infantil de su boca menuda.

Tenía como vulgarmente se dice «puestos los ojos en aquella criatura» y ésta que á pesar de sus pocos años supo comprenderlo, aprovechando esta circunstancia, era la dueña absoluta del hogar y la reina de todas las voluntades. Cuando la pequeña, divertíase jugando en el jardín acompañada de sus amigas y en medio de su alborozo entonaba su boca de angel, canciones de inocente alegría, su padre contemplábala extático desde unos de los miradores de su casa. Aquella criaturita era su alma algo así como un don divino cuya custodia y cuyo cariño le hacían el más feliz de los hombres.

II

El Dr. Robert era conocidísimo, sus libros leíanse con avidez, su palabra era escuchada con profunda atención y sus más ligeras indicaciones científicas eran llevadas respetuosamente á la práctica por sus discípulos cuya fé en aquel sábio era incomprensible, elevado á fuerza de su constancia en el estudio al pináculo de la gloria; más de una vez la trompeta de su fama atravesó los espacios llegando hasta su gabinete de doctor y envolviendo su espíritu en una dulce caricia de orgullo.

III

El destino se muestra cruel y suele presentarse de una manera fatídica, cuando más dicha existe en el corazón de los hombres: el Dr. Robert no podía soportar el dolor de ver á su hija enferma; aquella criaturita tan amadá yacía en el lecho presa de un cruento sufrir, sin que toda la sabiduría ni la experiencia de su padre fuesen bastante para aliviar su dolor. y el sábio médico exasperábase al ver como poco á poco se iba consumiendo la existencia de aquel ser que era el único sosten de su vida. Mirando á su hija agonizante, recordaba las tardes alegres en las que la veía jugar acompañada de sus amiguitas y llegaba su desesperación hasta el delirio cuando pensaba en que no volvería á verla; así fué, pues un día al caer de la tarde, el alma de la niña abandonó el ropaje corporal y voló á las regiones de la gloria de-